

LA REVOLUCION FAMILIAR

E.
MIRET
MAGDA
LENA

LA crisis del mundo occidental llega a todos los campos. Y uno de ellos es la familia. La familia está con crisis, y hemos de mirar con ojos imparciales esto, que afecta profundamente a padres e hijos. No podemos hacernos los distraídos, ni mucho menos debemos añorar cosas y situaciones que ya pasaron. Hemos de enfrentar la realidad con mirada sin prejuicios y sin temores, aunque esto nos lleve a cambios ayer insospechados.

Se ha dicho que la familia es la "célula de la sociedad". Pero podemos preguntarnos: ¿qué clase de familia? Porque la etnografía y la Historia descubren que la familia, si bien parece que ha existido siempre, su forma de estructurarse ha sido muy diferente según épocas, regiones y culturas.

El antropólogo Ralph Linton dice —lo mismo que el profesor Ashley Montagu— que "la familia es la más antigua de las instituciones humanas, y sobrevivirá, de un modo o de otro, mientras sobreviva nuestra especie".

Dos partes tiene esta afirmación. En la primera se asegura que en lo que puede saber la ciencia, la familia existió siempre. En la segunda se hace una afirmación más aventurada: que la familia perdurará siempre.

Lo que es más importante de esta segunda enseñanza es lo que dice Linton cuando afirma que esto será "de un modo o de otro". Esa es la clave del porvenir: la familia parece que seguirá existiendo, pero "de un modo o de otro", y no de acuerdo con el modelo reciente, que nos pareció permanente.

Por eso hemos de preguntarnos también: ¿la disgregación en que ahora se encuentra la familia, perdurará y aumentará en el porvenir? ¿O más bien son estos vaivenes los primeros balbuceos de una nueva estructura familiar, posiblemente bastante distinta de la que hemos conocido en la época anterior?

No nos damos bastante cuenta de que el modelo de familia que se nos había dicho que era eterno —sobre todo por bocas católicas españolas— era el de la familia decimonónica autocrática, discriminadora de la mujer y —en buena parte— todavía muy patriarcalista.

Y por eso me parece que, fundamentalmente, lo que está en crisis no es la familia como tal, sino el tipo de familia que hemos vivido hasta hace poco en Occidente.

La familia que hemos conocido recientemente, y que era coherente con la sociedad burguesa y patriarcal, se está disgregando. Todo el mundo habla de ello. Y adopta una de estas dos actitudes: la añoranza de lo que fue, o el desánimo y dejación respecto a lo que debíamos hacer para enfrentar este creciente problema.

Ambas posturas son equivocadas: no podemos insistir en frases que hoy suenan a hueco, y creernos que basta para solucionar el problema su repetición insistente y apasionada. Ni pensar que hemos hecho algo para resolver el problema de esta crisis de disgregación usando sólo de ese procedimiento verbal. Pero tampoco hemos de cruzarnos de brazos, inermes ante los problemas que se nos presentan en el seno de la estructura familiar.

Hemos de desentrañar esta crisis disgregadora, y comprender que al cambiar nuestro mundo —y acceder a nuevos valores sociales y a una conciencia captadora de la autonomía humana y de su libertad—, no podemos seguir ya con el sistema de barreras exteriores para intentar proteger esta institución, llevados más de la angustia paternalista que de la inteligencia.

La estructura del matrimonio —que es la base actual de la familia— hemos descubierto claramente que está en el amor, y no en ninguno de esos parapetos legales con que la hemos envuelto, y a veces hasta sofocado. La mutua entrega, el proyecto común, la fusión sin confusión, que debe ser la unión entre hombre y mujer, deben centrar el matrimonio y ser su núcleo básico. Y a partir de este descubrimiento moderno —antes apenas contaba el amor en la estructura decisiva de la unión conyugal institucionalizada— se ha de impregnar la familia toda.

Pero todavía hemos de pasar de centrar el matrimonio más bien en lo exterior, a centrarlo sobre todo en esa fuerza interior. Lo mismo que hemos de hacer también con la familia, fomentando en ella un amor inteligente y abierto socialmente. Esa será la fuerza revolucionaria que podrá transformar la anticuada estructura familiar, que hoy se encuentra en profunda crisis.

Y no podremos desde ahora acudir a expedientes simplistas para evitar la disgregación: hemos de buscar sus causas y ponerles remedio inteligente. Si el matrimonio se debe basar en el amor para ser

sólidamente humano, tenemos que ser conscientes de que allí donde no existe o no ha existido el amor, no puede haber verdadero matrimonio, como recordaba Engels, con razón, hace un siglo.

El amor es su clima y su estructura fundamental, y no el farragoso planteamiento burocrático que, dentro y fuera de la Iglesia, tiene todavía en la actualidad.

No quiero decir con esto que volvamos necesariamente a la antigua práctica de la Iglesia que permitió los "matrimonios clandestinos", sin más trámite exterior que la propia conciencia de los contrayentes, y que se parecerían mucho a la "monogamia libre" que pretendió Engels, sino que hemos de centrar nuestros esfuerzos en lo vital más que en lo jurídico, si es que queremos salir de la disgregación matrimonial de hoy, que tanto —y tan negativamente— incide en la crisis de la familia.

Tampoco se trata de impedir ingenuamente el divorcio civil para resolver esta disgregación, como suele pretender la Iglesia católica. Ahí está su fracaso en Italia —un país mayoritariamente católico— cuando intentó a todo trance que se derogase la Ley Fortuna. Al final, el buen sentido de los católicos italianos aceptó, a pesar de su Iglesia, la legislación divorcista.

La desintegración no proviene de que exista o no una ley del divorcio: la causa disgregadora está en la entraña de la vida occidental, que fomenta la incomunicación, el solipsismo y el egocentrismo. Son las estructuras todas de la sociedad moderna las que deben ser cambiadas para conseguir el clima favorable al desarrollo de los valores de unión humana y de acogida afectiva, que se están perdiendo, a pesar de la hipocresía con que todavía llamamos a la sociedad occidental el Occidente cristiano. Abrir el futuro no es caer en la dejación ni pretender lo que ya pasó, sino fomentar las fuerzas positivas de renovación social, que incidirán también favorablemente en una nueva estructura más humana para la familia. ■